

fraile. No me fio, sin embargo. A la moralidad y la religiosidad que no descansan en fe sólida, sencilla, una y eterna, se las lleva pateta muy pronto. Estos arrepentimientos y ascetismos de *fin de siglo* son puramente el fenómeno tan conocido de los calaveras: la náusea de la materia, al día siguiente de alguna desenfrenada orgía. En tales momentos, cualquier perdido que tenga algo de imaginación piensa muy formal en abstenciones, penitencias y claustros. Que corran días, y al primer choque de vasos, á la primer chispa de unos ojos, allá van las resoluciones santas.

¡Ah! El que quiera ser edificado, deje las futuras novelas idealistas y aténgase á la *Imitación de Jesucristo*.



JUICIOS CORTOS

AL PRIMER VUELO ¹.

Es para mí una contrariedad en toda regla que el Sr. Pereda, invirtiendo el orden de su producción, en vez de *Nubes de estío* y *Al primer vuelo*, no haya publicado en el espacio de estos dos meses, v. gr., *El sabor de la Tierra* y *Sotileza*. Porque si *Nubes de estío* y *Al primer vuelo* estuviesen desde hace años en poder de los asiduos lectores de Pereda, yo no tendría obligación de decir nada acerca de estas dos novelas, que, en mi concepto, no son de

¹ J. M. de Pereda. *Al primer vuelo* (Idilio vulgar). Ilustración de Apelles Mestres. Dos tomos. Barcelona, 1891.

las que añaden más vivos resplandores á la aureola de gloria del ilustre escritor montañés. Y si ahora apareciese en el horizonte *Sotileza*, ó *La Puchera*, ó *Pedro Sánchez*, yo podría cumplir mi deseo, convertido en deber de caballeridad desde ciertos episodios, de ensalzar y poner en las nubes á Pereda. No es lícito, sin embargo, que lleve el puntillo hasta el extremo de engañar á mis lectores; lo único que cabe es adoptar la forma sucinta y mesurada que requiere el caso.

Al primer vuelo es—nos lo dice su autor—un idilio vulgar. Uno de esos padres bonachones y distraídos del repertorio de Pereda, D. Alejandro Bermúdez, tiene una hija linda y mimada, Nieves; y apenas convertida la crisálida en mariposa, la niña en mujer, el papá se la lleva, no á París ni á Italia, sino á Pelechés, solar de la familia, á que cumpla el programa higiénico del buen D. Alejandro: disfrutar regocijada y pacíficamente de la hermosa naturaleza, de las saladas brisas y del ameno terruño. La muchacha

encuentra muy buen sabor á todo aquello; la campiña le parece de flores, y el Océano de perlas; pero si el papá no fuese, en vez de tuerto como le hace Pereda, ciego de la vista del entendimiento y bobo por añadidura, comprendería que la clave del poético misterio que su hija nota en Pelechés, es aquel apuesto y robusto mancebo hijo del boticario de Villavieja, que escolta á la niña por montes y valles, ó rige el *yatch* de recreo donde desafían las encrespadas olas. Mientras la pareja corretea *solita* ó autorizada por un marinero bizco que se llama Cornias (francamente, comprendo las murmuraciones y el reconcomio de las señoritas villavejanas), el papá, tan tranquilo en su caseretón, aguardando á cierto sobrineto de Méjico, con quien tiene acordado casar á Nieves. Para que se entere el optimista señor, es preciso que Dafnis y Cloe estén á punto de perecer ahogados, que en Villavieja se arme una de Dios es Cristo, que se funde un periódico sólo para contar la escandalera, y que ande

á linternazos todo el pueblo. En vista de lo cual, y movido de la bondad de su ánimo, D. Alejandro se resuelve á dar á su hija y al joven farmacéutico la bendición..., y suponemos que este par no será menos venturoso que el par casi idéntico de *Nubes de estlo*.

Todo esto, en sí tan poca cosa, contado por Pereda compondría una página muy casta, sentida y dulce, si no pecase de prolija, y si la cuerda del sentimiento vibrase hondamente en el autor. Pereda es algo seco, y al escribir idilios amorosos hará siempre género de violencia á sus facultades de artista: no obstante, por la riqueza de estas facultades, saldría airoso del empeño, si hubiese calculado las proporciones con tanto acierto como supo elegir el fondo. Nadie ignora que Pereda es un Lhardy y un Leonart, un paisajista de primer orden y un incomparable marinista: la descripción de la campiña, las excursiones en el yatch, tenían que ser para él un triunfo, y lo son en efecto. No cabe duda: una de las cosas

más agradables que pueden hacerse en compañía del Sr. Pereda, es embarcarse; y si en su último libro hay bastantes personajes muy desdibujados, muy pálidos, modelados floja y rutinariamente, en cambio el *Flash*, el airoso balandro, vive y palpita con esa vida de los objetos inanimados, la vida de la *Lison* en *La Bête humaine*, vida que sólo un artista de raza sabe interpretar. Á la verdad, en el último libro de Pereda no se encuentra uno bien y á sus anchas sino cuando el *Flash* desaboca y sentimos la extraña alegría mezclada de pavor del que sale mar afuera. ¿Por qué no hace Pereda una novela náutica? ¡Desde Fenimore Cooper acá, se ha andado tanto camino, y la poesía del mar es tan sana y tan hermosa!

Dejando la novela que Pereda puede escribir y volviendo á la que ha escrito, lo que veo en ella es, como en *Nubes de estlo*, una equivocación de dimensiones: la mitad que sobra. Me apresuro á añadir que no soy de los que proscriben las no-

velas *largas*, y las identifican con las novelas *pesadas*. Las novelas son como las visitas; hay visita de minutos que seca y aburre, y otra de horas que suspende y encanta. Son también como las visitas las novelas, en el sentido de que se puede tolerar y hasta agradecer la prolongación excesiva de una visita, cuando el visitador tiene que referirnos algo de mucha monta, de importancia verdadera. Visita larga y conversación de fruslerías..., por brillante que sea el modo de contarlas, ha de causar alguna fatiga á la persona más complaciente. Esto sucede con los dos tomos de *Al primer vuelo*, y sucedería con el grueso tomo único de que constaría la obra si se hubiese publicado en la forma acostumbrada de los libros de su autor. En un volumen de la biblioteca Henrich cabían holgadamente los inocentes y nada contrariados amoríos de Leto Pérez y Nieves Bermúdez, y cabían también muy á gusto unos deliciosos paseos en el *Flash*, que es lo que venimos á sacar en limpio de aquel *flirteo* previs-

to desde que el padre y la hija llegan á Pelechés y entramos con ellos en la botica villavejana.

En *Nubes de estío* había también mucha agua para poco chocolate; sólo que allí, al fin y al cabo, la sátira social-regional, y los desahogos personales del autor, llenaban hueco y distraían la atención, haciendo olvidar lo holgada que le venía la envoltura al asunto propiamente dicho. *Al primer vuelo*, de acción homeopática, pero unida y preponderante, encubre menos esa morosidad en la pintura de fondos y accesorios, que en el idilio de Leto y Nieves tiene algo de abrumador.

No hay que omitir el elogio que Pereda merece por los esfuerzos que en esta novela realiza para comunicar cierta naturalidad á sus diálogos *no rurales*, y para desengonzar el estilo y hacerlo menos académico y premioso, más ingenuo, fluido y amable que otras veces. Nunca estos esfuerzos son completamente infructuosos, y conviene agradecerlos y

alentarlos, máxime en autores como Pereda, que han visto ensalzados sus mismos yerros.

La obra está *casi* ilustrada por Apeles Mestres; y digo *casi*, porque los dibujos del maestro andan por el texto *sicut rari nantes in gurgite vasto*. El lápiz es el de siempre, firme y valiente, aunque parece notarse que Mestres *no ha sentido* la novela. Esta observación la confirmo al cotejar la ilustración de *Al primer vuelo* con la de los *Hermanos Zemgano*, sobre la cual me escribe Edmundo de Goncourt estas halagueñas frases: «Oui certainement, Apeles Mestres est un grand dessinateur, un dessinateur de la famille Vierge, et dont on sent la science et l'habileté».



«DULCE Y SABROSA»¹

SUPONIENDO que Jacinto Octavio Picón pusiese divisa ó lema á la novela que acaba de publicar, debiera elegir estos conceptos de Ovidio: «Si algún romano ignora el arte de amar, lea mis versos, y enseñado con su lectura, ame. Por el arte se guía la ligera nave con vela y remos; por el arte se rigen los voladores carros, y por el arte ha de ser regido el amor. Automedón era diestro en carros y caballos, y Tífis era piloto de la nave argonáu-

¹ *Dulce y sabrosa*, por Jacinto Octavio Picón. Un tomo, 4 pesetas.—Madrid, 1891.